

CONCILIUM

*Revista internacional
de Teología*

S E P A R A T A

del n.º 86

Junio 1973

L. Marin:

DISOLUCION DEL HOMBRE
EN LAS CIENCIAS HUMANAS:
MODELO LINGÜISTICO
Y SUJETO SIGNIFICANTE

DISOLUCION DEL HOMBRE EN LAS
CIENCIAS HUMANAS:
MODELO LINGÜÍSTICO Y SUJETO SIGNIFICANTE

En una fórmula que hizo mucho ruido en su tiempo, Michel Foucault, haciéndose eco de la profecía nietzscheana sobre la muerte de Dios, anunciaba la muerte del hombre¹. Que el hombre es mortal era una verdad conocida de antiguo por el filósofo y por la grey común. Uno de los pensadores más vigorosos de nuestro tiempo no hubiera hecho otra cosa que añadir el brillo de su fama a una trivialidad, a menos que su afirmación no apunte a una verdad de acceso menos fácil que la ya poseída por la experiencia más antigua y más inmediata del existir, una verdad que afecta a las ciencias «del hombre» y que tiende a procurarles lo que bien podríamos llamar un fundamento metafísico. Fundamentar una ciencia es tanto como legitimar con justos títulos su pretensión de verdad y las condiciones que posibilitan su ejercicio; si la muerte del hombre ha de inscribirse en el marco de las ciencias del hombre, habremos de admitir que ello supone una paradoja y que da pie a una reflexión sobre las condiciones que han hecho posible su formulación. ¿Acaso no expresa la afirmación de la muerte del hombre, bajo una formulación literaria, la verdad misma del proceso científico? Lo mismo que el espacio geométrico, para constituirse, consagra la «muerte» del espacio existencial, o el objeto físico la de lo diverso de la intuición sensible, también una cierta intuición global e inmediata del hombre, el testimonio irrecusable de la conciencia con respecto a sus estados y sus representaciones, la experiencia vivida como totalidad significativa por un sujeto o un grupo deben ceder el puesto a los resultados de unos procesos que no serán operativos sino mediante la ruptura con esa intuición, ese testimonio, esa experiencia. El hombre, pues, muere en las ciencias

que se le ofrecen como objeto, porque el objeto de esas ciencias, en cuanto tal, no puede construirse sino *contra* las intuiciones globales, las representaciones espontáneas, las evidencias inmediatas.

¿Estará entonces todo el problema en saber cuál es ese objeto, mediante qué operaciones ha sido construido, qué tipo de relaciones mantiene con los datos de observación, los elementos de experiencia, las representaciones individuales y colectivas de que viene a ser una reducción y una transformación? ¿No será «el hombre» sino una idea reguladora de las ciencias del hombre, en el sentido kantiano del término, que constituiría el horizonte de los procesos de objetivación, una ilusión trascendental que el mismo trabajo científico debería disipar, sin dejar de reconocer su fuerza insoslayable, o también un presupuesto constitutivo de un «saber» contextual de las ciencias del hombre y característico de un determinado momento histórico? Y si esta pregunta desemboca en su problema de la fundamentación que planteábamos antes, sigue siendo cierto que no es posible plantearlo sino a partir del examen crítico de la misma investigación científica, del que constituirá a la vez el hilo conductor y el remate. ¿En qué consiste el proceso de estructuración de la experiencia viva del hombre? ¿Qué es un modelo como representación del dato? ¿A qué reglas ha de atenerse la construcción de un modelo? ¿Qué clase de relaciones existen entre los distintos modelos constitutivos del objeto?

Pero, a su vez, este juego de preguntas viene coyunturalmente determinado por un hecho histórico que, sin duda, posee una significación trascendental: por lo que afecta a las ciencias del hombre, los procesos de estructuración de la experiencia mediante modelos están dominados por el modelo de una ciencia humana particular, la lingüística, y esta posición se halla en cierto modo inscrita en la reflexión sobre el lenguaje como ciencia.

En otras palabras: los modelos construidos desde hace casi un siglo por la lingüística funcionarán como tales modelos también en otro sentido, pues servirán para proponer hipótesis, conceptos, procesos operativos a las demás ciencias del hombre: etnología, sociología, psicoanálisis, la misma biología. ¿Cómo es posible que una determinada ciencia funcione como modelo de objetivación para otras ciencias? ¿No es esto lo que implican las características

¹ M. Foucault, *Les mots et les choses* (París 1967).

de la construcción de los conceptos de signo, de lengua, de discurso, y con ellas la producción teórica de los procesos de comunicación e intercambio? De esta forma justificaremos los límites de nuestra presente reflexión sobre el disolverse del hombre en las ciencias humanas: examinando la naturaleza y la posición del sujeto significativo en la constitución del modelo estructural del lenguaje por la lingüística saussuriana.

La lingüística de Saussure, en una verdadera revolución copernicana, se organizó a través de una doble ruptura: en cuanto al método y en cuanto al objeto. En cuanto al método, la lingüística no podía constituirse como ciencia sino a condición de separar rigurosamente lo sincrónico de lo diacrónico, lo estructural de lo histórico. En cuanto al objeto, era preciso delimitar un objeto homogéneo, observable, capaz de constituir en principio una totalidad sistemática, aislándolo en la masa heteróclita de los hechos lingüísticos individuales y colectivos, físicos, fisiológicos, psicológicos y sociológicos. Pero la lingüística se atenía a idéntico proceder para definir su metodología y para estructurar su objeto. «La realidad del objeto no era separable del método adecuado para definirlo»². Véanse las páginas del *Curso de lingüística general*: «La tarea de la lingüística consistirá: a) en hacer la descripción y la historia de todas las lenguas que le sea posible; b) en buscar las fuerzas que actúan de manera permanente en todas las lenguas; c) en delimitarse y definirse ella misma»³. Las dos primeras tareas se subordinan decididamente a la tercera, que, a su vez, se identifica con la cuestión fundamental planteada por F. de Saussure: «¿Cuál es el objeto a la vez integral y concreto de la lingüística?»⁴. La investigación histórica que trata de «hacer la historia de las familias lingüísticas y reconstruir, en la medida de lo posible, las lenguas madres de cada familia» se integra como una parte de la teoría organizativa de las «leyes generales a que pueden reducirse todos los fenómenos particulares de la historia», que se funda en la articulación de procedimientos y criterios adecuados a la descripción

² E. Benvéniste, *Problèmes de Linguistique générale* (París 1966) 166.

³ F. de Saussure, *Cours de Linguistique générale* (París 1965) 20 (hay traducción castellana).

⁴ *Ibid.*, 23.

del objeto lingüístico, procedimientos y criterios que no dependen de otras ciencias, sino que le son peculiares. Gracias a ellos se delimita y se define a *sí misma*; y esta operación se identifica con la constitución estructural de su objeto. Mientras «otras ciencias operan sobre objetos dados de antemano y que luego pueden ser abordados desde diferentes puntos de vista», lo que convierte a la lingüística en una ciencia y hace de su objeto una estructura formal o formalizable es la dualidad indisociable del método y del objeto. «Lejos de ser el objeto el que precede al punto de vista, se diría que el punto de vista crea el objeto»⁵.

Así, pues, la revolución copernicana de Saussure consiste fundamentalmente en sentar la tesis de que el lenguaje no es ni una sustancia, ni un organismo en evolución, ni una creación libre del hombre, sino una *relación* constituyente entre un *método* de conocimiento y un *objeto* que se pretende conocer: el objeto científico es una estructuración específica operada mediante un *corpus* de procedimientos y de criterios metodológicos; recíprocamente, este *corpus* no es otra cosa que la proyección operativa compleja de ese objeto. Del lenguaje sólo conocemos los modelos que de él construimos y en la medida en que los construimos siguiendo una rigurosa actividad de estructuración. «La lengua es un todo en sí y un principio de clasificación»⁶. La lengua se define al mismo tiempo *a parte rei*, como totalidad sistemática, y *a parte intellectus*, como principio de conocimiento: no es totalidad sistemática sino en la medida en que es principio de conocimiento, y a la inversa. Es modelo y conjunto operativo de modelos: es estructura formal.

La oposición entre significativo y significado, entre lengua y habla, depende, por consiguiente, de esta concepción teórica absolutamente general de que las relaciones preexisten a las cosas y las cosas son «efectos» o productos de la relación dual en que son generadas conforme a su existencia recíproca y diferencial.

De ahí la doble crítica a que se halla expuesto el giro saussuriano. La primera se refiere justamente al proceso de autofundamentación o autodefinición de la lengua y de la lingüística. La segunda apunta, al contrario, a las estructuras de oposición. Efecti-

⁵ *Ibid.*, 23.

⁶ *Ibid.*, 25.

vamente, si en el lenguaje no se da una realidad sustancial, si en el lenguaje todo es diferencia, ya que no hay términos positivos entre los que pudieran establecerse, entonces es muy cierto que las unidades de base del sistema *se definen por sí mismas*: los rasgos, los caracteres, las proposiciones descriptivas que permiten decir qué es un signo constituyen, en cuanto tales, el signo en sí. En el signo no queda nada que no sea la pura acción objetivante por la que es conocido. Y al definir las unidades de la lengua, la lingüística se delimita y se define; su objeto se constituye en la misma medida en que ella se va construyendo. «Los caracteres de la unidad se confunden con la misma unidad. En la lengua, como en todo sistema semiológico —y más adelante veremos la importancia de esta precisión—, aquello que distingue a un signo es justamente lo que lo constituye, y no otra cosa. Es la diferencia lo que define el carácter, lo que confiere un valor y crea una unidad»⁷. El proceso mismo de la interpretación va incluido, por definición, en el signo, como muy bien lo entendieron, para denunciarlo en nombre del empirismo lógico, Ogden y Richards. Lo que ellos consideran círculo vicioso y, en resumidas cuentas, fantasía e imaginación⁸ es en realidad una operación constituyente de enorme alcance para las ciencias humanas, ya que supone una recuperación del impulso de circularidad fundante mediante el que Hegel totaliza el sistema filosófico. En este sentido, la lingüística saussuriana puede permitirse expresar la pretensión de ser la ciencia modelo de las restantes ciencias humanas, ya que tiene carácter fundante con respecto a ellas, en el sentido de que no es otra cosa que su propio objeto en cuanto que accede al conocimiento consciente. También la noción de sistema ocupa un puesto central en Saussure, ya que los objetos lingüísticos no tienen realidad alguna sino mediante el juego de diferencias relacionales del conjunto del sistema.

La otra crítica lanzada contra el giro saussuriano se refiere a las estructuras de oposición, en las que se ve una reafirmación de los pares cosificados característicos de las representaciones ideológicas; el modelo saussuriano del lenguaje reincidiría en las antiguas

⁷ *Ibid.*, 168.

⁸ C. K. Ogden e I. A. Richards, *The Meaning of Meaning* (Londres 1960) 5, n. 2.

oposiciones entre espíritu y cuerpo, pensamiento y materia. Ciertamente, en ese sentido se desvía un «saussurismo» vulgarizado. A la difícil idea de la diferencia generadora de los términos entre los que se instaura sustituye un pensamiento sustancialista en que cada uno de los términos cae en la independencia cosista, en que la relación que los une se vuelve exterior a ellos mismos. Ciertamente, Saussure explica en el *Curso* que el habla es un acto individual de voluntad y de inteligencia. Al definir, por el contrario, la lengua como objeto social y colectivo, como código o vínculo contractual, como totalidad en una palabra, el habla puede aparecer entonces como una parte de este todo, de la misma manera que el individuo es una parte del organismo social.

¿Cómo, pues, eludir estas dificultades, cómo concebir la doble relación que caracteriza el lenguaje a todos los niveles sino como una relación a la vez sistemática y dialéctica, sistemática por ser dialéctica y dialéctica por ser sistemática? ⁹. Ahí creemos que reside la fuerza excepcional del pensamiento de Saussure: en insertar la relación contradictoria constitutiva del lenguaje en el saber acerca de sí mismo y en descubrir cómo la ciencia lingüística encuentra su propia fundamentación en esa relación contradictoria. Que la lengua es un puro sistema significa que se constituye únicamente a base de diferencias. Es justamente la totalización de las diferencias lo que produce la positividad del sistema de valores en que consiste la institución lingüística: positividad compleja y paradójica, pues está hecha únicamente de oposiciones que, a su vez, son resultado de unas diferencias; positividad en que jamás «se hallará nada que sea simple, sino que siempre y en todas partes aparece ese mismo equilibrio complejo de términos que se condicionan recíprocamente»¹⁰. Decir que el lenguaje es una totalización de diferencias que producen el sentido mediante oposiciones equivale a afirmar su naturaleza dialéctica y, al mismo tiempo, la naturaleza

⁹ Cf., en esta misma perspectiva, Mikuš, *La Linguistique de Sapir*: «Châtiens Ferdinand de Saussure», 11 (Ginebra 1953); N. Slusareva, *Quelques considérations des linguistes soviétiques à propos des idées de F. de Saussure*: *ibid.*, 20 (1963), y F. Jameson, *The Prison-House of Language, a Critical Account of Structuralism and Russian Formalism* (Princeton University Press 1972) 3-39.

¹⁰ F. de Saussure, *op. cit.*

dialéctica de su conocimiento científico. La lingüística saussuriana sistemática y formal es una lingüística dialéctica porque se constituye como tal al constituir un objeto que también es dialéctico.

Se verá claro reflexionando precisamente sobre la relación entre lengua y habla en el *Curso*. «Para determinar, en el conjunto del lenguaje, la esfera que corresponde a la lengua es preciso situarse ante el acto individual que permite reconstruir el circuito de habla. Este acto supone al menos *dos* individuos; es lo menos que cabe exigir para que el circuito se cierre»¹¹. La cuestión, por tanto, es la siguiente: ¿Dónde se da la lengua? ¿En qué consiste la objetividad de su existencia? Pero es de advertir que, para responder a esta pregunta, Saussure analiza la estructura concreta del habla como relación entre dos locutores. En lugar de la concepción sustancial de la lengua, acervo de signos y reglas colectivos en la conciencia individual, y del habla como exteriorización material de algunos elementos de ese acervo por el mismo individuo, Saussure pone una concepción a la vez fenomenológica y dialéctica del circuito del habla, en que el habla corresponde al emisor del mensaje, mientras que la lengua corresponde al receptor del mismo como medio para comprenderlo e interpretarlo. La lengua, por consiguiente, está en el habla, del mismo modo que el habla está en la lengua: «No es posible el habla sino gracias a la elaboración del producto que llamamos lengua, que proporciona al individuo los elementos con que puede articular su habla»¹². La relación entre habla y lengua es una relación dialéctica, y de ahí que Saussure la aborde ante todo en la relación dialogal, en la operación de intercambio y comunicación. Capacidad de comprender el habla, en eso consiste la lengua; capacidad de producir la lengua, en eso consiste el habla. Una y otra se manifiestan concretamente en los dos polos del circuito dialógico, sin que ni uno ni otro dependan de un sujeto hablante ontológico y sustancial, ya que alternativamente, en el intercambio, la capacidad de comprender el habla y la capacidad de producir la lengua pertenecen de pleno derecho a los locutores que intervienen. Indudablemente, para explicitar de manera más com-

¹¹ *Ibid.*

¹² R. Godel, *Sources. Manuscrites du Cours de Linguistique générale* (Ginebra 1957), 155.

pleta, es decir, para objetivar científicamente esta relación dialéctica de la lengua y del habla, Saussure se ve obligado a salir de la descripción fenomenológica de la operación de intercambio. Pero la serie de definiciones de la lengua que provoca el *Curso* confirma la naturaleza dialéctica de la relación teórica, ya que el objeto mismo cuyo conocimiento asegura esta relación es también de naturaleza dialéctica: el modelo construido por el lingüista se estructura como un diálogo, del mismo modo que también el diálogo era descrito en términos de modelo.

La lingüística saussuriana nos enseña, con su giro copernicano, que la dialéctica no significa necesaria e inmediatamente primero historia y luego sujeto (personal) o que los signifique de otro modo; dialéctica significa sistema sincrónico y estructura formal, sistema sincrónico en la medida en que el objeto que emerge del proceso dialéctico de objetivación científica está constituido por relaciones que generan, cada cual a su debido momento, los términos que unen. Al definir el lenguaje como un valor, Saussure lo define como percepción de una identidad, pero esta percepción de la identidad (que lo es también del sentido) se identifica con la percepción de la diferencia. Cuando yo *identifico* un fragmento de lenguaje en su sentido, eso significa muy exactamente que lo *diferencio* de todo el resto del lenguaje. Identidad igual a diferencia: ¿no es ésa la definición del proceso dialéctico? Pero es también, en otra perspectiva, la del sistema.

Por otra parte, si cada elemento del lenguaje, en tanto que unidad constitutiva, no puede distinguirse de los restantes por lo que representa o por lo que indica, el sentido no se constituirá por la relación extrínseca del signo con la realidad, por la etiqueta que la palabra, por ejemplo, coloca sobre la cosa. Será producido por la relación interna constituyente que esa palabra mantiene con todas las demás palabras del vocabulario. Así es como se define la estructura formal del lenguaje, estructura como conjunto de relaciones determinadas, fundamentalmente binarias; formal en la medida en que las relaciones no son externas a los elementos que unen, sino constituyentes de esos mismos elementos.

Podemos volver ya sobre la ruptura inicial de la lingüística saussuriana y plantearle la cuestión de la historia y la del sujeto. La revolución copernicana de Saussure consistió ante todo, como

ya hemos indicado, en separar rigurosamente lo sincrónico de lo diacrónico, lo estructural de lo histórico. Y ello a partir ya de la famosa *Mémoire sur le système primitif des voyelles dans les langues indoeuropéennes*, que, sin embargo, pertenece al campo de la lingüística histórica. Pero aquí se manifiesta el mismo proceso dialéctico; si la lingüística ha de ser sincrónica para ser científica, no puede constituirse como tal sino por relación con la diacrónica; «lo sincrónico debe ser tratado por sí mismo; pero sin la perpetua oposición a lo diacrónico es imposible llegar a ningún término. Los gramáticos antiguos se complacían en una lingüística estática y no corrían peligro de confundir los dos términos, pero ¿a qué consiguieron llegar?»¹³. En tal caso, ¿qué práctica científica corresponderá a la actitud dialéctica teórica que hemos visto insinuarse en todos los niveles del conocimiento y del objeto lingüístico? Consistirá en adoptar como hilo conductor la significación. «El sentido es la condición fundamental que debe cumplir toda unidad a cualquier nivel para alcanzar el estatuto lingüístico... El sentido es una condición indispensable del análisis lingüístico. Únicamente hay que ver cómo interviene el sentido en nuestras iniciativas y de qué nivel de análisis depende»¹⁴. Pero el sentido, «el hecho sincrónico de base, es el acto de comunicación»; el circuito de habla, «la frase por la que se suscita una significación en el oyente... Para reconocer un hecho lingüístico en una serie de sentidos es necesario un oyente que comprenda su significación»¹⁵.

Estas proposiciones de la lingüística son fundamentales para el doble problema de la historia y del sujeto. ¿Cómo dominar el problema de un «paso de un estado a otro bajo una forma continua»? ¿Acaso no es verdad que la historia nos hace «captar detrás de nosotros el ser mismo del cambio»?¹⁶. Más aún, ¿no es esta imagen de la historia la proyección de una evidencia del sujeto consciente en el acto de captar su propio ser, que se experimenta a la vez como idéntico y como distinto y también, por consiguiente, como el ser mismo del cambio? ¿Y no es precisamente éste el

¹³ *Ibid.*, 186.

¹⁴ E. Benvéniste, *op. cit.*, 122.

¹⁵ E. Buyssens, *La Linguistique synchronique de F. de Saussure: «Cahiers Ferdinand de Saussure»*, 18 (1961) 29-30.

¹⁶ C. Lévi-Strauss, *La Pensée sauvage* (París 1962) 339.

problema que plantea, con una excepcional clarividencia, la dialéctica de lo diacrónico y lo sincrónico? No se puede rechazar el hecho diacrónico: los sonidos y los sentidos cambian sin cesar. «No hay nunca caracteres permanentes, sólo hay etapas del lenguaje que son perpetuamente una transición entre la situación de ayer y la de mañana»¹⁷. Pero en la dialéctica del cambio, en un momento determinado de la historia del lenguaje no hay más que un sentido: «Las palabras carecen de memoria»¹⁸.

Luego resulta, por una de esas paradojas que tanto parecen gustar a Saussure, y que en realidad no son otra cosa que las paradojas dialécticas del lenguaje y de su ciencia, que lo sincrónico se funda «ontológicamente» en la experiencia misma de la comunicación de los signos y que lo diacrónico no es accesible al conocimiento sino a través de la estructuración y la comparación de estados de habla, es decir, de momentos de comunicación. De ahí la concepción simultánea de una historia sincrodia-crónica y de un sujeto que es el ámbito de un intercambio en que se manifiesta y se constituye, en cuanto al conocimiento, una totalización que no realiza él mismo, pero de la que es terreno de realización.

Así, la lengua está a la vez en el habla del sujeto histórico y separada de ella como sistema sincrónico. Instrumento de una práctica dialéctica del lenguaje y objeto de una dialéctica teórica de la ciencia del lenguaje, la lengua totaliza la capacidad del sujeto humano en cuanto a la producción del sentido, pero no se constituye como tal sino al margen de su práctica por el sujeto hablante. La lengua no es la teoría lingüística interiorizada en la memoria, la conciencia y la voluntad del individuo humano. Pero sólo la teoría lingüística puede sacar a luz la lengua como aquello que permite y determina rigurosamente el habla libre del sujeto humano. Esta, en contrapartida, la manifiesta en la situación viva de comunicación, ignorándola por completo. «Totalización no reflexiva, la lengua es una razón humana que tiene sus razones y que el hombre desconoce»¹⁹. Es esa totalización distinta en que el hombre encuentra su experiencia apodíctica de lo idéntico.

¹⁷ R. Godel, *op. cit.*, 39.

¹⁸ F. Jameson, *op. cit.*, 6.

¹⁹ C. Lévi-Strauss, *op. cit.*, 334.

Decíamos al principio que el acontecimiento histórico de la constitución de la lingüística como ciencia tenía sin duda una significación trascendental y que por este motivo la estructuración lingüística del objeto lenguaje funcionaba y debía funcionar como modelo para otras ciencias humanas. Este proyecto fundamental se encuentra afirmado en el mismo Saussure, pero marcado con la misma ambivalencia dialéctica que anima todos los conceptos y todas las operaciones de la lingüística. Esta es tan sólo una parte de otra ciencia más general, la semiología, que «nos enseñaría en qué consisten los signos, qué leyes los rigen y que estas leyes, una vez descubiertas, serán aplicables a la lingüística, la cual se verá así reducida a un ámbito bien definido de los hechos humanos»²⁰. Si el problema lingüístico es en toda su extensión un problema semiológico, quizá sea necesario no sólo estudiar la lengua en lo que tiene de común con todos los restantes sistemas semiológicos para descubrir su verdadera naturaleza, sino considerar el conjunto de los hechos y de las actividades humanas como sistemas de signos para abordar de este modo con sentido semiológico su conocimiento científico. Si la capacidad signitiva es el rasgo propio y distintivo de las actividades y los hechos humanos —y quizá, más generalmente, de los seres vivos—, ello quiere decir que la semiología es la ciencia fundamental, ya que se constituye precisamente al modelizar esos hechos y esas actividades como sistemas de signos. «No sólo no es abolida la lengua en la sociedad, sino que la sociedad misma empieza a reconocerse como lengua... Estas investigaciones innovadoras hacen pensar que el rasgo fundamental de la lengua, el estar compuesta de signos, podría ser común al conjunto de los fenómenos sociales que constituyen la cultura»²¹.

Pero el mismo impulso que sitúa la lingüística como ciencia particular de la semiología general invierte dialécticamente esta posición. El principal objeto de la semiología será el conjunto de los sistemas fundados sobre la arbitrariedad del signo. «En efecto —continúa Saussure—, todo medio de expresión aceptado en una sociedad se apoya en principio sobre un hábito colectivo, lo que

²⁰ F. de Saussure, *op. cit.*, 33.

²¹ E. Benvéniste, *op. cit.*, 43-44.

equivale a decir sobre la convención...»²². De ahí que la lengua, objeto de la lingüística, sea el sistema semiológico por excelencia, a la vez «el más complejo y el más extendido de los sistemas de expresión y también el más característico de todos». Es el sistema semiótico que interpreta en general todos los demás sistemas semióticos. Del mismo modo, la lingüística que lo estudia es a la vez el modelo de toda la semiología, si bien la lengua es un sistema particular, y su fundamento, dada la relación semiótica irreversible de interpretación que la une con todos los demás sistemas. No se trata de una relación de anterioridad lógica u ontológica, sino de una relación dialéctica. Así, por poner un ejemplo, la sociedad contiene la lengua como sistema particular en una «relación de ajuste» en que se objetivan las dependencias extrínsecas de una y otra; pero, a la inversa, la lengua contiene a la sociedad en la medida en que la primera es a la vez intérprete general y necesario de todos los demás sistemas que la constituyen y también en la medida en que éstos no se constituyen en sistemas sociales o culturales sino a condición de reproducir de manera más o menos completa o compleja los rasgos y el modo de acción de la estructura modelizante de la «gran matriz semiótica» que es la lengua.

Hemos de preguntarnos, para concluir, cuál es el rasgo que reproducen los demás sistemas semióticos, aparte de la lengua. Lo descubrimos en la estructura fundamental de dualidad en que reconocemos la naturaleza dialéctica de la lingüística estructural y de la estructura lingüística. Un hecho, un elemento, una cosa dotados de significación se caracterizan por el rasgo de que su identidad está intrínsecamente constituida por una relación a lo otro. Esta articulación fundamental se reitera a todos los niveles y en todos los grados de complejidad: nada significa nada en sí y por sí. El sentido es relación; su «ontología» es un sistema de referencias en las que se produce por mediación de algo que no es él mismo. Ahí estaría la contradicción o la carencia original cuya reabsorción vendría a ser constitutiva del lenguaje, de los sistemas simbólicos, de la estructura de intercambio en general.

Para concluir, dos observaciones: 1) la asimilación de los sistemas simbólicos que caracterizan los hechos y las actividades hu-

²² F. de Saussure, *op. cit.*, 100-101.

manos al lenguaje no quiere decir identificación. C. Lévi-Strauss, uno de los que han abierto este camino, lo indica con gran claridad: «El sistema de parentesco es un lenguaje; pero no se trata de un lenguaje universal... En presencia de una cultura determinada se plantea siempre una cuestión preliminar: ¿Es sistemático ese sistema?»²³. No es absurda esta pregunta, prosigue Lévi-Strauss en sustancia, sino cuando está referida a la lengua, ya que ésta o es sistemática o no es significativa. Pero en el caso de los demás sistemas simbólicos, organización social, arte, «la pregunta ha de plantearse con un rigor creciente en la medida en que su valor significativo es parcial, fragmentario o subjetivo». Si los sistemas simbólicos pueden ser considerados, según el modelo de la lengua, como un conjunto de operaciones destinadas a asegurar entre los individuos y los grupos un determinado tipo de comunicación, los mensajes podrán estar constituidos por mujeres (parentesco), palabras (lenguaje), bienes y servicios (economía), y a condición de que se articulen claramente las diferencias, se puede pensar en «alcanzar un nivel en que será posible el paso de un sistema a otro, es decir, elaborar una especie de código universal capaz de expresar las propiedades comunes a las estructuras específicas dependientes de cada aspecto»²⁴, código universal que estaría muy cerca de la realización del deseo saussuriano de una semiología general; 2) la otra observación se refiere al objeto de este mismo estudio: la cuestión del hombre como sujeto e intencionalidad significativa. Al analizar la lingüística saussuriana como una ciencia dialéctica, al plantear la cuestión del fundamento de las ciencias humanas como una recirculación entre sistema interpretante y sistemas interpretados o la del sentido como «transposición de un nivel de lenguaje a otro, de un lenguaje a otro lenguaje diferente... como posibilidad de un cambio de clave»²⁵, lo que en definitiva estamos planteando es la cuestión del sujeto y de la intencionalidad significativa. También en este sentido hemos de recurrir al modelo de la lengua y de la lingüística para concebirlo como sujeto dialéctico —de ciencia y de palabra—, como estructura dialógica de intercambio, de trans-

²³ C. Lévi-Strauss, *Anthropologie structurale* (París 1958) 58.

²⁴ *Ibid.*, 71.

²⁵ A. J. Greimas, *Du Sens* (París 1970) 13.

posición y de transformación recíprocas de los sistemas simbólicos, de los diversos niveles del orden simbólico. Cuando Saussure quiere definir el objeto de la lingüística, y con ello delimitar y definir la misma lingüística, describe el circuito del habla entre dos personas, es decir, la operación de intercambio entre una emisión de mensaje y una potencialidad de comprensión. Tal es el sujeto significativo que descubrimos en el modelo lingüístico como fundamento de las ciencias del hombre: el hombre ya no se presenta como sujeto dador de sentido, sino como ámbito en que se produce y se manifiesta el sentido, como un terreno de intercambio, de selección y de combinaciones reglamentadas entre unos sistemas simbólicos, un campo de operaciones en que estos sistemas se limitan y se constriñen unos a otros de manera específica; ámbito, terreno y campo en que se manifiesta conforme a la ilusión de su sustancia autocreadora, que nosotros leeremos como el efecto de una dialéctica de la que él es operador privilegiado.

L. MARIN

[Traducción: J. VALIENTE MALLA]